

UNA GRAN SEÑORA

Una gran señora.

Las últimas notas de la orquesta acababan de perderse en el aire y aún seguía su recuerdo acariciando voluptuosamente los oídos del público, como siguen acariciando el oído del amante, muchas horas después de pronunciadas, las frases de la mujer origen de su amor.

Había terminado el espectáculo, y la Marquesa, levantándose del asiento que antes ocupara, se dirigió hacia el fondo del palco, y allí permaneció en pie algunos

instantes, sin aceptar el abrigo de pieles que le ofrecía su marido, como si quisiera poner de manifiesto ante los ojos de éste y ante los de Jorge (su más asiduo contertulio) todos los maravillosos encantos de su cuerpo; sus hombros redondos, su pecho alto y bien contorneado, que se desvanecía formando deliciosa curva entre los encajes del corpiño de seda; sus brazos desnudos y frescos, su cintura flexible y sus espléndidas caderas, sobre las cuales se ajustaba, para perderse en mil y mil pliegues caprichosos que apenas descubrían el nacimiento de unos pies primorosamente calzados, el rico vestido, hecho más que para velarla, para realzar la estatuaria corrección de sus formas.

Los dos la miraban; el marido, el viejo y acaudalado prócer, con la satisfacción pasiva y moderada de la impotencia; el mozo, con la febril inquietud que pone en

los ojos el deseo cuando la sangre es joven y la vida palpita en el organismo plétórica de energía y de poder. Ella sonrió satisfecha de aquel triunfo plástico; la sedosa piel del abrigo cayó sobre su espalda desnuda, y sólo quedaron al descubierto sus ojos negros, su nariz correcta, sus labios sensuales y el extremo enguantado de su brazo, que se apoyó en el de Jorge, mientras decía a éste con voz vibrante y acariciadora:

— Usted me acompañará hasta casa.

Ella apoyándose dulcemente en el brazo de Jorge; éste envanecido con tal distinción, y el viejo, detrás, encendiendo un cigarro y siguiendo a la juvenil pareja con paso lento y trabajoso.

Cuando aparecieron en el *foyer*, todas las miradas se fijaron en ellos; las mujeres cuchicheaban en voz baja, mezclando a sus frases sonrisas epigramáticas y desdeñosas;

los hombres reían también con más fuerza, con más descaro, y entre unos y otras se cruzaban palabras por este o semejante estilo:

— ¡Vaya un grupo!

— ¡Y él es buen mozo!

— ¡Es claro! Se casó con el otro por dinero...

— ¡Qué cinismo! ¡Es escandaloso!

— ¡Pobre Marqués! ¡Está en Babia!

— ¡Como que Babia es el pueblo natal de todos los maridos viejos!

— No es la primera.

— Pero eso de hacer gala de su falta es insoportable..., repugna.

Cualquiera que hubiese escuchado estas conversaciones hubiera creído que los censuradores de aquel adulterio volverían despreciativamente la espalda a los adúlteros; y sin embargo, a medida que el grupo origen de tan varia y justa murmuración lle-

gaba cerca de los que se ocupaban en criticarlo, las injurias cesaban, en todos los labios aparecía una sonrisa de afecto; los hombres se quitaban el sombrero, inclinábanse las mujeres cortésmente, y palabras cariñosas de *A los pies de usted, Marquesa. Adiós, Jorge. Hasta mañana, querida*, oíanse al paso de la gran dama, que con la frente alta, provocadora la mirada y atrayendo hacia sí al cómplice de sus traiciones, atravesaba orgullosa por delante de todos, luciendo las galas que habían arrojado sobre su cuerpo las debilidades de un viejo, y el amante que supo conquistarse con el incontrastable poderío de su hermosura.

— Adiós — dijo la Marquesa, despidiéndose de su marido, para subir al carruaje, seguida de Jorge.

— Adiós — repuso aquél.

Y se quedó mirando partir la lujosa ber-

lina, en pie sobre la acera y mascando el cigarro que se desvanecía en espirales de humo, mientras la Marquesa, oprimiendo entre sus manos las de Jorge, y volviendo hacia él su rostro henchido de promesas y de deseos, murmuraba a su oído con acento apasionado y febril:

— ¡Jorge mío, qué dichosa soy a tu lado!...

El carruaje llegó a la puerta del palacio donde residían los Marqueses. Junto a aquella puerta, arrebuñado el cuerpo en un mantón de puntas, con un pañuelo de seda caído sobre los ojos, la cara pintarrajeada y el ademán grosero y desenvuelto, había una mujer, una mercenaria del arroyo, una de esas mercancías del vicio, que se venden en la sombra, como temerosas de que la luz, mostrando sus miserias, disminuya su precio; una de las muchas víctimas que el hambre, la igno-

rancia y el abandono arrojan en medio de la calle, y que mendigan un pedazo de pan cuando brindan con placeres al transeunte.

Aquella mujer se detuvo para hablar con alguien, a tiempo que el coche de la Marquesa pasaba frente a los umbrales del palacio y el lacayo abría, sombrero en mano, la portezuela.

— Hasta mañana — repuso la voz del joven desde el interior del carruaje.

Y la Marquesa, saltando ligeramente al suelo, envuelta en pieles y sedas, tropezó con la miserable aventurera que la obstruía el paso. Las dos se miraron; sus rostros, iluminados por los amarillos reflejos de un farol, se hallaron frente a frente, pintarrajeado y repugnante el uno, hermoso y atractivo el otro; el hombro de la aventurera rozó el cuerpo de la gran señora, y ésta, retirándose con asco, penetró en

el anchuroso zaguán, exclamando en voz baja :

— Estas mujeres están en todas partes. Debía procurarse que no tropezaran con ellas las personas decentes.

NIEVES

Nieves.

Iba cayendo, cayendo, menuda y revuelta, parecida, cuando el viento la agitaba, a un enjambre de mariposas blancas que revoloteasen inútilmente buscando flores sobre los árboles desnudos, y semejantes a esos diminutos pedazos de papel que arrojan desde los balcones a la calle el brazo inexperto de un niño, el capricho pasajero de un indiferente o la mano trémula de una mujer enamorada.

Bien pronto aquellos fragmentos blancuísimos e irregulares se fueron espesando

hasta convertirse en copos de resplandeciente blancura, que caían sobre las piedras del arroyo, sobre las losas de la aceña, sobre la arena de los paseos y sobre el fondo polvoriento de los caminos, cubriéndolo todo, constituyendo un conjunto uniforme, en el que desaparecían los declives y las ondulaciones del terreno.

Y mientras la nieve caía, ella y yo, recostados contra los cristales del balcón de su gabinete, la mirábamos descender, cubrir con sus blancos matices las ramas de los árboles, desparramarse por las eminencias verdosas del jardín, culebrar sobre el musgo de los senderos, deshacerse entre los cristales del arroyo, cubrir la bóveda del invernadero y pasar por delante de nuestros ojos como deseosa de distraer nuestras penas o dar aumento a nuestras alegrías.

Con alegría inmensa la miraba yo en-

tonces al lado de aquella mujer, hermosa como una estatua griega y sensual como una odalisca árabe; primer amor de mi juventud, todo se lo había sacrificado, y ella era, con sus cabellos negros, con sus ojos oscuros, con sus labios rojos y entreabiertos, con su barba redonda y su cuerpo torneado y flexible, el límite y la encarnación de mis deseos, la sola imagen a quien yo rendía culto en las soledades de mi espíritu. Como todas las grandes pasiones, necesitó la mía ser dueña absoluta de su alma y de su cuerpo, y de ambos disfrutaba, sin que en dos años hubiesen venido a turbar mi dicha más que esos celos que una impresión trae y otra impresión se lleva, y algunas sombras misteriosas que habían encontrado en el suyo las expansiones infinitas de mi afecto.

Nadie vino a estorbarme durante aquel tiempo la posesión plena de sus encantos;

separada ella de su marido, a quien un cargo oficial retenía en el extranjero, y satisfecha de mi amor, reservaba para mí todas las horas que el mundo la dejaba libre, y mostrábase gozosa de oír los sueños y las ilusiones que la juventud y la in-experiencia hacían brotar por mis labios.

Sin embargo, de un mes a entonces notaba yo en mi amada cierta inexplicable actitud, mezcla de temor y frialdad, cuyo origen buscaba mi alma, tan pronto en esas tristezas propias a la mujer, que la mujer no confía a nadie, como en los celos y suspicacias inverosímiles que, por no tener razón de ser, tienen la más grande para constituir el tormento de un enamorado.

En todo pensaba menos en dudar de ella; el primer amor no duda, como no dudan la primera esperanza ni el primer triunfo.

La duda viene luego, tras el primer des-

engaño; entonces se convierte en la compañera perpetua de nuestra vida, y no nos deja hasta el fin del viaje.

No dudaba de ella, pero estaba ansioso por conocer los motivos de su conducta, y una pregunta revoloteaba sobre mis labios sin salir de ellos, como revoloteaba la nieve, sin penetrarlos, sobre los cristales del balcón.

—Oye— me dijo clavando en mi rostro sus pupilas negras y hermosas —, deja la nieve y ven conmigo: tenemos que hablar.

La seguí hasta el fondo del gabinete, e instalándonos frente a la chimenea, donde chisporroteaban los leños encendidos, despidiendo a intervalos llamaradas azules, permanecimos silenciosos por espacio de algunos minutos, hasta que ella dió principio a la conversación con esta frase, que me produjo el efecto de una puñalada:

— Viene mañana.

— ¿Quién?

— ¡Quién ha de ser, hombre! Mi marido.

Yo sentí que toda la sangre de mis venas se me agolpaba a mi garganta, y sólo pude responder con un suspiro ahogado y ronco.

— Ya comprenderás — siguió diciendo — que necesitamos proceder con mucha cautela en lo sucesivo. Él no es hombre que sufra la traición; yo te quiero, pero quiero también mi tranquilidad y mi fama. Para conservar éstas sin perder tu afecto es preciso que tú me ayudes, que te hagas amigo de él, que cultives su trato y que...

— No sigas — repuse, oprimiendo nerviosamente su muñeca entre mis manos — ; no sigas, porque ni yo he de oírte, ni lo que propones es aceptable para mi amor. Hacer eso, valdría tanto como transfor-

mar lo que hoy representa una imagen grandiosa y sublime en algo tan bajo y mezquino que sólo inspirara remordimiento y asco. Yo no puedo compartir tu amor con nadie, sea quien sea; yo no puedo tampoco devorar en silencio mis penas, saber que eres de otro hombre, y callarme; el miserable entonces lo sería yo por saberlo, no él por ignorarlo; y más miserable aún si al propio tiempo que robaba a ese hombre su honor, estrechaba su mano y le daba el nombre de amigo. No; yo no soy capaz de tal infamia: le disputaré tu amor frente a frente, sin temer el escándalo; pero no iré a robárselo con la frialdad del asesino que hiere a mansalva y en la sombra.

— ¡Pero estás loco! — repuso ella con tal acento de ironía, que arrancó la última esperanza de mi pecho. — ¡Y yo que te creía un hombre razonable!... Ahora sales

con esos romanticismos de niño y con esas frases de poeta... ¿Quieres que haga contigo como las heroínas de novela?, ¿que sacrifique a tus locuras mi dicha, mi nombre, mi estimación social? ¿Dónde has aprendido esas cosas? ¿De qué mundo sales?

— ¡De un mundo — grité yo con ira — donde se puede llegar al delito, pero donde no se puede llegar nunca a la abyección!

— Basta, no sigas; veo que es imposible convertir a un demente; y lo siento, porque te quería; pero, francamente, a tanto precio me resulta caro tu amor.

— ¿Eso quiere decir que hemos concluído!

— ¿Y qué remedio? ¡Cualquiera mujer que se estime es amante de semejante loco!

— ¡De modo — exclamé — que tu amor

es mentira! ¡Valiente para el crimen y cobarde ante el sacrificio! Amor egoísta, que se acaba cuando sus goces pueden ser turbados por una sombra de amargura. ¿Y yo he creído en ti? ¿Y yo te he amado? Hice mal. Las mujeres como tú deben ser tratadas de otra manera.

Ella se levantó furiosa; su rostro pálido reflejaba la ira; avanzó hacia mí, y me dijo con acento glacial y terrible :

— ¡Olvida usted que está hablando con una señora! ¡Salga usted inmediatamente!

No respondí nada; cogí el sombrero entre mis manos, nerviosas y trémulas, y abandoné el gabinete donde dejaba la primera esperanza de mi alma para llevarme el primer desengaño de mi vida.

Al llegar a la calle, contemplé la nieve que teñía de blanco las anchurosas alamedas del jardín.

Aquella nieve se desharía a los rayos